

De Juan Pérez de la Llana á Juan Díaz Covarrubias

29 de Octubre de 1858.

Aquí me tienes, Juan mío, descansando en grande como si hubiera ascendido de una vez al Colima, y vuelta. Ha terminado el sitio de Guadalajara, que me produjo las conmociones más terribles que he sufrido en mi vida.

Por de pronto, te aviso que la ciudad cayó ayer por la tarde. Reducido Blancarte al puesto de San Francisco, continuó defendiéndose con tesón de desesperado, hasta que comprendió que era menester capitular. Así lo hizo, saliendo con su escasa guarnición á refugiarse en la casa de don Antonio Alvarez del Castillo. Allí estaba, cuando el bandido Rojas, el mayor bellaco y facineroso que come pan en el país, se presentó acompañado de otros tan bribones como él, diciendo que llamaba Degollado al general vencido para aclarar algún punto de la capitulación. Replicó Blancarte que no había capitulado, insistió Rojas, se enardecieron los ánimos (que era lo que el bandido buscaba), salieron á luz las pistolas, don José María disparó la suya matando á tres de los asaltantes, y él quedó acribillado á tiros y puñaladas al pie de la cama donde había dormido.

Yo ví huellas de las manos sangrientas estampadas todavía en las paredes y en el lecho, y el arma de Blancarte tirada al lado de donde estuvo su cuerpo difunto.

¿Vas á decirme que Blancarte era un pillo y un mal hombre? Nunca lo creí tanto; pero suponiéndolo un monstruo, un Rojas, vamos al decir, no merecía que se le hubiera tratado como se le trató, cuando él descansaba en la palabra de nuestro General y en la honorabilidad de nuestra causa.

Don Santos declaró fuera de la ley á Rojas, mandó á buscarle por medio de Rocha, y trató de imponerle el castigo debido; pero apoyado como está el bribonazo por gente muy alta que le mima y quizá le aplaude las gracias, se ha salido de Guadalajara, riéndose de que le pongan *fuera del bacín* (son sus palabras).

Antes el mismo bandido había muerto, también por su propia mano, al licenciado don Felipe Rodríguez, antiguo secretario de Blancarte, en una casa de extramuros donde se ocultaba.

Pero el acto más terrible de todo el drama fué la ejecución de Piélagos y Monayo. Te acordarás de que uno y otro fueron los asesinos de Herrera y Cairo. Los liberales se la tenían sentenciada, y ellos, que lo sabían, se ocultaron prudentemente al acabar el sitio. Se les buscó como ojo de hormiga, se dió con ellos, y sin figura de juicio se les ahorcó.

Yo ví cuando sacaron á Piélagos del convento de Jesús María, en donde se ocultaba. Era hombre de estatura procerosa, bien proporcionado de su persona, de gran barba

rubia, de ojos zarcos y color blanco. Le llevaron en una silla, tapada la cara con un velo y al parecer ya muerto de miedo.

Estuvo un rato, en unión de su compañero, en una de



las piezas de la planta baja del palacio de gobierno, y á poco entraron por él sus delatores, jueces y verdugos.

Pidió no se le diera la afrentosa muerte de horca; pero no hubo remedio, la sentencia estaba dictada y no tenía apelación. Estaba el hombre herido de un balazo en el pecho, y á través de las vendas mal unidas corría á torrentes sangre que le llenaba todo el busto. No llevaba

ninguna clase de vestido de medio cuerpo arriba, y de medio abajo traía lo más elemental que pudo guardar.

Pasó atado por entre una turba que le insultaba, le vejaba, le arrojaba piedras y lodo, le golpeaba con palos y machetes, le picaba con bayonetas y cuchillos, y se ensañaba contra él como inmunda y venenosa bestia de un millón de patas.

Al llegar á la puerta de la casa del obispo le subieron en una carreta de bueyes, colgaron del balcón de en medio la reata de que estaba pendiente y sacando la carreta le dejaron caer. Pero ó la cuerda era débil, ó el peso excesivo, ó como dicen algunos, de intento la cortaron los ejecutores; ello es que vino el cuerpo hasta el suelo haciendo el ruido de un costal de huesos que se desplomara de lo alto.

Florentino Cuervo, cuñado de Herrera, vió lo acontecido, desató de la silla la de Chavinda que llevaba pendiente y la entregó para que se terminara la obra, sin perjuicio de colgarse de los pies de Piélagos hasta que expiró el reo. A poco el desgraciado Piélagos estaba á la vista de todos con pesos en los pies y lleno el cuerpo de heridas y moretes.

Monayo pereció de idéntica manera en la plaza de armas.

Largo sería mencionarte á los sacerdotes que han sido obligados á trabajar en los fortines, á vestirse de solda-

dos y á sufrir afrentas y mortificaciones tremendas.

Uno de los más ofendidos ha sido Agustín Rivera, joven sacerdote simpatizador nuestro, á quien el bárbaro Maciel vejó sin compasión hasta que Cruz Aedo ocurrió á ponerle libre.

A cambio de esos acontecimientos dolorosos y quizás inseparables de una contienda así, tuvimos rasgos de valor y de hidalguía que dan á conocer cómo *algo no está podrido en Dinamarca*.

Antonio Bravo, un español dependiente de comercio, que viajaba por la República por causa de negocios, se nos adhirió con cariño y decisión extraordinarios, y realizó durante el sitio cosas que si te contara eclipsarían á cuanto se refiere de los *Tres Mosqueteros*. El día que se tomó la ciudad, dudoso don Santos de si las tropas estarían ya en la plaza, mandó á Bravo que se enterara de los sucesos, y no había pasado un cuarto de hora cuando regresó... llevando atada á la cintura la bandera que los conservadores tenían izada en el palacio y que él había quitado en medio del tiroteo y la refriega.

Otro español, poetastro él, llamado don Tomás Ruiseco, había insultado á los liberales, tratándolos de ladrones y gorrinos en general, especializándose respecto de Miguel Cruz Aedo. Ya estaba el pobre plumífero en un cuadro, dispuesto á ser fusilado, cuando lo supo Cruz Aedo y le salvó de una muerte cierta.

Ya sabrás que desde los primeros días del sitio tuvimos la pérdida del general Núñez. Recibió un balazo que, según el certificado médico, dió tres ó cuatro vueltas desde los pies hasta la cabeza, rompiendo de paso las tripas y el cerebro.

Yo opino que el físico que escribió el tal documento sabe de su arte menos que yo; pero sepa ó no sepa, ello es que don José Silverio murió de resultas del tiro.

Los mochos hicieron creer que se le había cloroformizado para que no se retractara de sus errores. No hubo tal; Núñez murió abrazado á su fe democrática, y el cloroformo que se le aplicó fué para intentar una operación que al fin no se practicó.

Pero aquí dejo esta, pues de otro modo corría riesgo de mandarte una *carta magna*. Quizás pronto nos veremos, pues tengo que ir á esa ciudad; pero de todos modos te abraza,

JUAN.

Postdata. Te aviso que mi asunto amoroso lleva muy buen camino, pues no hubo nada de monjío como nos habían dicho, sino que la niña es más libre que el viento... digo que el viento guardado entre cuatro paredes y que tiene guardianes á Dios dar.

Del general don Francisco García Casanova
al general don Miguel Miramón

3 de Octubre de 1858.

Muy estimado y respetable general: No tengo para qué enviar á usted nota circunstanciada de los sucesos de Guadalajara, porque ya conoce todo tal como pasó. Por más que se dijo que me habían encontrado en la barranca cercana á la ciudad, vestido de arriero, y que había sido ahorcado en Guadalajara, nada de eso fué cierto, como puede usted convencerse leyendo ésta.

Me salvé, ¡quién lo diría! arrojando uniforme y armas, vistiéndome una blusa roja que encontré sobre el cuerpo de un *tagarno*, y gritando sin cesar *mueras* á todas las cosas, personas é instituciones divinas y humanas.

Así conseguí llegar á una casa que tenía muchísimas banderas con letreros como estos: *¡Viva la primera división del ejército mexicano!*

¡Loor eterno al señor general don Santos Degollado!

A los frailes y soldados, no hay que verlos ni pintados.

Aquí hay puros y chinacos, y no mochos ni bellacos.

Era la casa de mi amigo el arquitecto Gómez Ibarra. Este me recibió con los brazos abiertos y me introdujo á la sala, donde estaban sus hijas y otras muchas señoras que allá se habían refugiado.

Empezaba á referir mis aventuras, cuando oímos que por la escalera subía una sección de ladrones de los que manda Rojas. En un momento me sentí empujado, comprimido y ocultado bajo un sofá en que se sentaban tres ó cuatro niñas guapas, ataviadas con unas crinolinas de esas que parecen bóvedas de catedral.

Llegaron los bandidos echando por aquellas bocas las pestes que usted se figura, y exigiendo se presentara el mocho maldito que estaba por allí.

Mi amigo el arquitecto, sin inmutarse, dijo que ni había allí mocho ninguno, ni aunque le hubiera le ocultarían, pues todos en aquella casa eran más liberales que Juárez.

Buscaron sin embargo en todas partes; y cuando ya desesperados se marchaban, exigieron que se pusieran en pie las niñas que estaban en el sofá.

Entonces una, Dios le pague su caridad, alzó la falda y pude meterme dentro del miriñaque muy desembarazadamente.

Cuando los rojeños se alejaron, don Manuel fué á ver á Degollado pidiéndole un salvoconducto para mí. Lo obtuvo con facilidad, á condición de que entregara á usted la carta que va adjunta y que le envió para cumplir mi promesa.

Parece que el cabecilla constitucionalista, propone á usted la paz; ya verá lo que responde.

Llegaron los bandidos echando por aquellas bocas...



También por agencias de Degollado se escaparon de novelesca manera casi todos los canónigos, superiores de conventos y personas más calificadas de la ciudad. Degollado ha hecho la contrapartida á los bandidos á quien manda, y ha conseguido que la guerra no sea sólo de asesinatos.

Deseando á usted toda clase de prosperidades, me repito su adicto amigo y subordinado

FRANCISCO G. CASANOVA.

De don Crescencio Torres Lares

á su esposa doña María Antonia.

Guadalajara, á 2 de Octubre de 1858.

No puedes figurarte, hija de mi alma, los días que he pasado atravesando los caminos infestados de ladrones, los pueblos arruinados, los ranchos quemados, y contemplando la miseria en que hemos caído, pues por todas partes no se ven sino mujeres, muchachos y viejos, pidiendo por caridad una limosna que casi nunca obtienen. Los hombres no piden, porque no los hay; se han ido á engrosar las partidas.

Pero cuanto he visto en el tránsito es nada en comparación de lo que ha pasado en Guadalajara. La ciudad está casi destruída; sus iglesias, sus asilos, sus casas, sus



fábricas admirables, han venido al suelo ó vendrán muy pronto, pues las que han quedado en pie están llenas de grietas y cuarteaduras.

Para colmo de desgracias, los nuevos han cerrado muchas iglesias y derribado otras. Entre estas últimas se cuentan el Carmen y Santo Domingo, donde he visto, conducidos por un sombrerero llamado Eulogio Rico, gran

denunciante de fincas y por consecuencia gran liberal, á muchos cientos de operarios.

¿Hasta cuándo cesará esta situación? No es fácil saberlo; aunque es doctrina de nuestra madre Santa Teresa, que cuando Dios da tanta multitud de trabajos juntos, suele dar buenos sucesos: que como nos conoce por tan flacos y lo hace todo por nuestro bien, mide el padecer conforme á las fuèrzas. Y así pienso nos ha de suceder en estas tempestades de tantos días, pues habría algunas veces temido que han de salir los émulos con lo que pretenden, según las astucias que trae el demonio, que parece le ha dado Dios licencia que haga su poder en esto.

Mucho celebro, siguiendo tu inspiración, haber resuelto la venida; nuestro hombre está entre los malvados constitucionalistas, y es nada menos que ayudante ó cosa así del pícaro Degollado. Estuvo en ésta cuando lo de Landa, y se escapó de dejar la pelleja en compañía del indio Juárez; después, quedó libre, estuvo herido y aun le dieron por muerto; pero como cosa mala nunca muere, y si muere no hace maldita la falta, allí le tienes ya tan campante y resuelto á seguir la carrera que ha adoptado.

Cuando te sostenía que en el convento estaba la niña más segura que en ninguna parte, me había equivocado de todo en todo; hasta á esos asilos de oración entraron esos demonios, sin que los detuvieran los honrados say-

les, ni las reverendas tocas, ni los votos, ni la clausura, ni nada. ¡Todo sea por Dios!

Ya doy providencias para pasar á Trini á la casa de Palomar, caso que haya necesidad de ello, pues afortunadamente la pobreza de las mónicas las ha salvado del saqueo.

Lunes ó martes me restituiré á esa, dejando arreglados algunos asuntos. Ramón se me ha ocultado; pero sé que está entre los sitiadores. Otro motivo más de pena para mi alma.

Cuando nos veamos y te dé el estrecho abrazo que te mando en ésta, te contaré muchas cosas que se me escapan ahora.—Tu esposo,

CRESCENCIO TORRES LARES.

Del mismo á la misma.

Guadalajara, el 6 de Octubre de 1858.

Mi adorada esposa: Te escribo á toda prisa, sólo para decirte que mandes sin demora avío para dos personas. Me llevo á la niña conmigo; pues prefiero con mucho que pase cualquier cosa á nuestro lado, que dejarla aquí, expuesta á un ultraje.

Nuestro hombre no es un extraviado, sino un bribón lleno hasta los tuétanos de la maldad más grande y más